

Andrés Sabella

Fotografía de la Casa Nascimento

Al editor don Carlos George Nascimento



UANDO la primera revista literaria hincha la ambición de nuestras ensoñaciones de provincia, y en las paredes, tajeadas por la inquietud, de nuestro cuarto, aparecen los retratos de los escritores que vivifican el encantamiento de la maldición sagrada, hay un nombre que se enreda en las noches enrojecidas de nuestro duro y solitario aprendizaje de escritores, el terrible aprendizaje que nos succiona limpidez y elegancia, haciendo que la arruga no sea un surco de nada en nuestra frente, sino que el desventurado camino de los dolores del mundo y del hombre. Este nombre, ya lo sospecháis, es el de don Carlos George Nascimento. En su eufonía caben las esperanzas y las consagraciones. Es la meta que abre los secretos de la pequeña gloria literaria, llave de plata para el oficio de morir a gotas—que es la literatura.

Yo recuerdo la emoción de mis dieciocho años, en Antofagasta, al empezar mi correspondencia con don

Carlos, en derredor de mi primera tentativa escrita. Salía de casa en trance de iluminación. En mis manos había, entonces, la solemnidad de los iniciados en la intimidad de alguna esfinge... En el sobre relampagueaba mi orgullo: ¡me carteaba con el editor de Chile!

Los libros de Nascimento han impuesto entre nosotros, un carácter definitivo de respetabilidad. Dijérase que dan una orla del cielo de los valores. Sé que todos soñamos, en la impaciente vigilia de la virginidad literaria, el padrinzago de don Carlos. La N. de Nascimento es la de noble y de nuevo. Y sus vitrinas conceden para siempre la imagen con que se posa para la diminuta eternidad de nuestras cuartillas. La eternidad detrás de la que asoman los ojos de Nascimento como dos lunas maliciosas y paternales.

¡Y qué pura condición de fuente tiene este don Carlos! En el mediodía profundo de mujeres, su librería reúne a los escritores tal si éste rito de camaradería y de espectación constituyera parte esencial de las letras chilenas. Hay una como voluntad misteriosa en esta cotidiana reunión, tradicional y tónica, a la puerta de Ahumada 125. La voluntad de rodearnos de auras poderosas, de imágenes que doran nuestros afanes. Si es escritor el que escribe; en nuestro caso, esta sola circunstancia queda estrecha: es necesario, además, ser contertulio de Nascimento. Ahí, en medio de las carátulas y los rostros inobjetables de la iconografía literaria de la patria, se madura y se aprenden los matices de la celebridad.

Puedo esquemar, perfectamente, mi primera visita a Nascimento, la mañana que, recién llegado a Santiago; dediqué a esta ceremonia mi mayor claridad de provinciano. Antes de entrar al negocio, pasé de largo, espiándolo, muchas veces, hasta que, héroe de la tinta de imprenta, penetré con el paso del que sube las gradas del altar donde cantará su primera misa... Conocía fotográficamente a todos los escritores, y fuéme tarea deliciosa el reconocerlos. Escondido en cualquier gesto convencional, gozando y en silencio, gasté una hermosa hora en este juego de pesquisa y de reflexiones.

Hoy conozco la geografía del local santo de la literatura chilena, y oficio con su aire. Cuando el ronco cañón del Santa Lucía blasfema su interjección de pólvora, siento que una mano poderosa, invisible y dominante, me empuja, a través de rostros y de calles, al recinto tremendo: Luis Durand suele aventajarme por minutos, y pasea su miopía, su bastón y su bondad, como un abad resurrecto de antiguos romances. Luego Mariano Latorre aparece con la diestra extendida, de proa fraternal, sacudiéndose el pedagogo. Sé, por retratos, que llevó mostachos respetables: ¿en qué olvido llorarán su prestancia...? Alto de salud y de simpatía, Ricardo Latcham glosa fechas y episodios, lecturas y políticos: hierve su talento. El ojo menos ágil advierte en sus manos el escalpelo... Y, de pronto, Benedicto Chuaqui. Y, lentamente, Domingo Melfi.

Chuaqui sonríe como si un laúd le hechizara. Y Melfi echa la mano hacia arriba, hacia la cabeza de corte profundo, en celoso ademán del que cuida sus ideas.

Es ésta la plana mayor. Los jóvenes arriban con la novedad. Víctor Castro blande una maleta de *businessman*, *businessman* de celestiales materias. Juan Godoy aguza los ojillos vivaces y desdobla sus colores personales. Antonio de Undurraga entra y sale en un vehículo de sal... Y, en la nube de la ternura que le guardamos, el poeta Heriberto Rocuant revisa las ediciones que irá a leer en el Cielo, junto al mismísimo Rimbaud...!

Chela Reyes irrumpe con sus palabras que traen la resonancia de la hermana, mientras Antonio R. Romero boceta el humor de su talento, y Milton Rossel coloca una franja de graves tintas en la charla. A veces, Mila Oyarzún aparece como llegada desde una viñeta de canción. Y don Samuel Lillo blanquea las sonrisas con su gesto verdadero de apóstol. (Yo sé que los poetas muertos le han reservado la rosa que florece una sola vez en el pecho de la luna).

Los sábados Guillermo Koenenkampf y David Perry insurgen desde los números con la terrible faz de los inquisidores.

Y, de repente, don Enrique Molina. Don Enrique suaviza la atmósfera caliente de Ahumada 125. Nos acercamos a él como al mensajero de una distante ciudad de libro y cielo. Paralelo a su todo, es Eleazar

Huerta, otro evadido que llega. de vez en cuando, con la cara celeste del Hijo Pródigo...

La colmena de Nascimento crea palabras: Antonio Campaña hojea un «Repertorio Americano», en tanto que César Lavín Toro dedica su última obra; el doctor Alejandro Reyes dialoga conmigo; y Luis Bernin-sone polemiza con el que le dé blanco... Artidoro Villablanca y Oscar Silva, en el mostrador, hacen el telón de fondo a la cultura empastada. La señorita María Ramos y don Alfredo Duarte contabilizan. En la Caja, la señora Raquel de Serra cumple con los encargos que le dejan escritores y amigos de escritores.

Joaquín Martínez Arenas pregunta a Mario Arnello por su bachillerato. Y Bolívar Sánchez concede horas para su clínica: ahí los escritores saben lo que es canela... Sánchez intima no solamente con la obra de nuestros escritores: es el confidente de sus bocas... ¡Cuidado con él! ¡Conoce de memoria las palabras que se quisieron decir y se callaron...!

Don Carlos George Nascimento, desde su escritorio, conversa y atiende, discute y se afana. El mediodía, en su negocio, es un mediodía de cabeza ardiente. Es posible que el sol se tiente con la literatura y quiera publicar sus memorias, únicamente, por el placer de colocarles encima: Editorial Nascimento...!

Llegará un día en que, acaso, las biografías de los prohombres de la literatura chilena principien: «Era varón de la Librería Nascimento...» Y que los ni-

ños pasen por el sitio que ahora ocupa esta empresa de cultura con el sombrero quitado, como se hace ante los monumentos fundamentales. Don Carlos fecundó el libro chileno. Nuestra literatura contiene una época que salió de la puerta de su negocio.